

MARIO SAMPAOLESI

LA POESÍA CLARA DE JACOBO RAUSKIN

Redes de luces y sombras oscilan, producidas por la penetración de los rayos del sol entre las hojas de las enredaderas, sobre un patio de infancia; hay un bamboleo de hamacas a la hora de la siesta (de pronto oímos el zumbido del insecto en el verano, anhelamos la frescura de un agua helada que en entresueños nos obliga a morder los labios; la sed amodorrada por el calor de la tarde); tintinea una música a través de momentos anónimos de nuestras vidas.

La poesía de Jacobo Rauskin se nutre allí: bucólica, fresca, libre: como un repicar de campanas sobre lo cotidiano, sobre ciertos personajes que pasan desapercibidos por la vida, antihéroes de una civilización que se desarrolla a favor de una desmesura del ego, hacia el espectáculo del escándalo.

Los hombres y mujeres despreciados por la sociedad de consumo, los objetos, el paisaje, el fulgor de las cosas simples, son los protagonistas de sus textos: una mirada detenida en el instante, en el brillo de la fugacidad.

*Un día pasa un pájaro, canta / como si nunca hubiera visto un árbol /
nunca una sombra, nunca las frutas / que ofrece su sabor al viento. / Queda
en el aire un aleteo / un recuerdo del cielo, después nada. / Aunque lo intento,
y mucho / no puedo separar la sombra del árbol / el viento, de aquel pájaro
/ la pared para dejar la bicicleta / del resto de la casa donde pasé el verano
/ que vagamente nombro aquí en la historia / (mejor anécdota) de unas alas
/ Y aquel pájaro canta / como si nunca hubiera visto un árbol / nunca una
sombra, nunca las frutas / que ofrecen su sabor al viento.*

Pero también denuncia: para el autor la pobreza, la injusticia, la corrupción, el hambre, las miserias de una sociedad sojuzgada por el autoritarismo, dominada por la impunidad y que podríamos reconocer en toda Latinoamérica, se hacen carne en sus poemas.

Al igual que una identidad con un humanismo que hoy por hoy se extiende como una sombra desvencijada sobre nuestras tierras.

La verdad de un tiempo de ignominia aflora en muchos de los poemas del autor.

Y luego de la quema de las casas/ que ardieron como rastrojos,/ quedó la estirpe de un hombre a la intemperie./ Sólo entonces se alejaron los soldados./ Muchos años después ni olvido ni memoria,/ encuentro en el silencio de ese viejo/ sentado en un cajón que fue de frutas,/ sentado en medio de la verde nada/ que el rico llama campo...

Poesía de la transparencia, de la luz, -un poeta mayor- como bien afirma Leónidas Lamborghini.

Y también de la sensibilidad, agregaría con modestia. Una sensibilidad orientada hacia los hechos de todos los días y que al ser enunciados por el poeta adquieren nueva relevancia: antes permanecían ocultos por la vorágine de los días, por el afán del deseo. Luego, se nos muestran cambiantes, emiten otros reflejos porque despojados de toda imaginación lujuriosas, de todo artificio, se cargan empero con la sensibilidad que arrastra la sutileza, el tratamiento del detalle.

En la obra de Rauskin, hay un trabajo sobre el lenguaje, donde abundan las variaciones: sus poemas abordan con soltura combinaciones de verso libre y forma fija; incursiones de la narrativa a través del poema en prosa - *prosa libre*- como le gustaba definir a Joaquín Gianuzzi; combinaciones de metáforas, de imágenes; enunciaciones.

La utilización de todos estos recursos conforma una textura de la cual el autor se sirve para instalar atmósferas, escenas, representaciones, climas que alcanzan cierta altura sensorial y que -dada su continuidad- despliegan la cualidad de potenciarse unas con otras.

Porque Rauskin no busca transmutar la realidad desde el lenguaje para que aflore una poética, sino que ella adviene por el proceso inverso.

Tal vez hizo suyo aquello que decía Honoré de Balzac: *Yo no invento las pasiones de mis personajes. Las transcribo tal cual ocurren en la realidad.* Así, también, los sentimientos cobran importancia y junto con ellos asistimos a la recuperación de algunos devaluados por nuestro tiempo: el amor, la ternura.

Pero sin duda, este abordaje implica asumir ciertos riesgos, ya que de alguna forma al introducirse el autor en estos ámbitos -en la actualidad, carentes de prestigio poético- se expone, primero, a la caída tan temida en el lugar común y segundo, se opone, de alguna manera, a cierta búsqueda artificiosa de originalidad, a cierta intencionalidad ficticia por alcanzar nuevos lenguajes.

Sin embargo, la poesía está allí, como siempre, impredecible, voraz, libre, un agua indómita imposible de definir, de clasificar, extendiéndose ahora, en este siglo XXI a través de un espacio formal que podríamos describir en constante expansión, un espacio formal cuyos límites no están al alcance de nuestra percepción y al cual todavía no podemos comprender en toda su magnitud y que contradice con su potencia cualquier elucubración previa.

La poesía -*la esencia del arte*- como definía Heidegger, excede la propuesta del mero acto de comunicar ya que ella transforma al lenguaje en sujeto de una integración. La palabra, modificada por ese estado revulsivo de la belleza se constituye toda ella, en silencio, sonido y sentido. A partir de ese instante el poema no puede ser reducido únicamente a lo sonoro, o a lo meramente semántico, a lo simplemente formal o a lo temático. Toda su complejidad se manifiesta firmemente interrelacionada y cualquier desviación, por mínima que fuese, atenta contra la magnitud del poema y contra su posibilidad de poesía.

Y como lúcidamente escribe Raúl Dorra: *La incorporación del silencio es una conquista de la poesía, una conquista trascendental que hace de la poesía un género único, el único para el cual el no decir puede alcanzar incluso*

*un valor más alto que el decir, el único donde el callar encuentra el modo de expresarse, un modo que tiene que ver con el misterio, con la angustia, con la desgarradora aventura de situarse al otro lado de la palabra.*¹

La poética de Jacobo Rauskin se inscribe allí, en esa unidad creada por la fusión de silencio y palabra, emoción y paisaje, sensibilidad y denuncia. Y en estos momentos, donde la vida está siendo vaciada de sentido, la poesía nos dice, que todavía el hombre existe, que el amor existe, que no todo está perdido y con un trazo de esperanza, al mismo tiempo simple y profundo, nos señala una identidad, la posibilidad de un camino.

1 Rutil Dorra: ¿Para qué poemas?, Revista *Crítica* N° 90, Universidad Autónoma de Puebla, México, 2002.